



Amanecía un día radiante, ni una nube enturbiaba el cielo azul en aquel gélido final de otoño, Marco salía bostezando aparatosamente de la herrería, mira al cielo y sonríe al copo de nieve que le ciega breves instantes. Allá a lo lejos, en las torres de la empalizada, se efectúa el cambio de guardia. Centinelas ateridos, somnolientos y malhumorados parten hacia sus contubernios a comer algo caliente y dormir un poco. Mientras se alejan maldicen el buen humor de los que ocupan sus lugares, satisfechos y alegres. Marco cree oír algunos comentarios acerca de lecho caliente, dormir con hembra o cosa similar...

—¡Hoy verás nevar sin que haya nubes, je, je...!

— Chaval, necesito quien me raspe la espalda en el baño, ¿vienes?

— Ráscate tu mismo. ¡Marco!, ¿has dejado apagar la fragua?

La pregunta, pura retórica, es mas un reproche. Con la excusa de mantener el fuego encendido, Licio, el padre de Marco, permite al chico dormir en la herrería. Lo prefiere al contubernio no soporta las groserías de los soldados y le afrentan sus rudas bromas, carentes de gracia para él.

Aunque cuartel de invierno, dada la proximidad a Cenabum, y la buena localización junto al río Elaver, es muy probable que el acuartelamiento quede como definitivo, de ahí que el puesto de mando, el valetudinario y el depósito de la legión, ya sean obras de-

finitivas de mampostería, pero la mayoría de soldados aún duermen en las inhóspitas tiendas de campaña de cuero. Y no es que Marco desprecie la compañía de los legionarios, pero no soporta ser el blanco de las zafias chanzas de las ramerías del campamento y menos aún las procaces insinuaciones de algunos veteranos relacionadas con las aficiones amatorias de los «griegos».

Acaba de llegar, su padre marchó de permiso a casa con la excusa de reponerse de unas fiebres, aunque lo cierto es que recibió aviso de parientes, alertados a su vez por buenos vecinos; siempre vigilantes, siempre dispuestos a mirar por la concordia familiar; que su esposa mantenía buenas, quizás demasiado “buenas”, relaciones con el molinero del lugar.

Licio la halló preñada y tras repudiar a la infiel y resolver el reparto de la escasa hacienda familiar ha regresado trayendo con él, a su hijo Marco. No le ha movido el amor filial tanto como el deseo de perjudicar a la madre con la forzada separación de su único hijo. Y a éste no le hizo ninguna gracia abandonar, madre, hogar y amigos para marchar a un lejano e inhóspito campamento perdido en medio de las Galias y compartir destino con zafios soldados.

Para colmo ha tardado varios días en darse cuenta que los zafios soldados no son tales, su padre, como maestro armero, vive con los «*fabri*», de ahí que comparte alojamiento, con zafios albañiles, zafios herreros y zafios carpinteros que ¡maldita la falta que hacen tales oficios en la milicia!

Aunque llegado el caso empuñan la espada, mayormente se pasan el día construyendo letrinas, levantando muros, cavando fosos, reparando armas, fabricando máquinas de guerra imposibles. Nunca desfilan tras las victorias, aunque sufren los contratiempos de las batallas, los peligros en las derrotas, las penalidades en los asedios...

— Ves, acaban de calentar la sopa que sobró anoche.

Con el fuelle en la mano, Licio, consigue recuperar una viva llama entre las brasas. Él mismo se confecciona el carbón, el país es rico en robles y encinas y el invierno, aquel crudo invierno que se avecina, le ha pillado con una buena provisión de excelente carbón. Dos guardias le asignó el centurión de su cohorte, para evitar los robos. ¿Para qué salir a buscar leña, tenien-

do buen carbón a mano?, se preguntan los mas avispados. Pero el carbón hace falta para la fragua y que cada cual se espabile si quiere comer caliente.

—¡Hola Marco!, ¿a dónde vas tan deprisa?

El chico se cruza con los dos soldados que vienen a hacer la guardia a la herrería, los saluda con la mano y corre hacia su tienda. Si pues aunque el campamento, poco a poco, año a año, va tomando forma de instalación permanente, gran parte de las empalizadas están siendo sustituidas por muros de piedra y mampostería y la mayoría de tiendas por mas acogedoras casetas de adobe, en el contubernio del padre a pesar de tantos albañiles aún viven en tienda de cuero, de ahí que Marco prefiera dormir en la herrería.

A sus ojos su padre resulta despreciable, en casa, en toda la comarca, era reconocido como un reputado artesano, mientras aquí no es mas que un lacayo de Roma. Marco solía participar de las ideas de muchos, la mayoría jóvenes, que no ven ninguna ventaja en las vías romanas que atraviesan y comunican los diferentes países, no son mas que una amenaza a la independencia y la libertad de las naciones.

*La Galia 701 a.u.c (53 a.d.C)*

*Mi muy querida y añorada madre:*

*Te escribo desde el campamento al que me ha arrastrado padre en el confín de la Galia. El viaje ha sido largo y aburrido aunque no hemos pasado calor.*

*Aquí todo es... no sé cómo explicártelo. Esto es un campamento militar, y nada de lo que te pueda contar creo que te vaya a interesar.*

*Los soldados están ociosos todo el día, cazan, comen, duermen, aguardan la llegada del invierno y visitan con frecuencia un campamento de civiles instalado fuera de la empalizada, donde una cantina con varias mujeres parecen acoger y aliviar su soledad.*

*He visto algunos galos, esos bárbaros parecen fuertes y rudos de aspecto, cubren sus piernas con unos «pantalones» los llaman, prenda popular y de uso frecuente entre la mayoría de los legiona-*

*rios. Una túnica con mangas, una manta de lana sobre los hombros y ahora con la llegada del frío se cubren con una capa de pieles, los que pueden. Las mujeres lucen una túnica larga, que dejan caer en suaves pliegues, ajustada por un cinturón colocado debajo del pecho y como abrigo una manta cuadrada de lana gruesa fijada sobre uno de los hombros con un broche. El valor de ese broche distingue a las ricas de las pobres, como en todas partes, unas lo llevan de latón y otras de oro o plata. Aunque bárbaros, tanto hombres como mujeres, gustan de usar alhajas, los he visto con collares, brazaletes, pectorales, hebillas muy trabajadas, igual que nosotros en casa. Para ello utilizan el bronce, son buenos metalúrgicos, pero los más pudientes, las lucen en oro o plata, como nosotros. El calzado es sencillo, al igual que nosotros también gastan sandalias y ahora en este tiempo un tipo de bota de cuero sin curtir con bonitos adornos.*

*El campamento se halla próximo a una gran ciudad. Aquí hay muchas y bien amuralladas, aunque en el campo los galos se refugian en recintos de acceso difícil, como las cumbre de colinas escarpadas, rodean el sitio de piedras amontonadas y arbustos espinosos.*

*He oído que si alguna tribu logra una victoria, en sus frecuentes luchas con los vecinos, se entregan a grandes fiestas, juegos y beben mucha cerveza, pues carecen de vino aunque lo prefieren cuando lo pueden conseguir. Me han contado el caso de un individuo, rico debía ser, que llegó a cambiar un esclavo por un cántaro de vino.*

*En la profundidad de sus bosques los sacerdotes, a los que denominan druidas, rinden extraños cultos a dioses sanguinarios que exigen sacrificios humanos y en las vísceras de las víctimas son capaces de leer el porvenir. Mas les valdría consultar dicho porvenir, si es que lo tienen que lo dudo, a César, pues de él depende según mi parecer.*

*Recibe un abrazo de tu hijo, Marco.*

Aunque recalentada le encanta la sopa—potaje de los soldados. Llenan una marmita de agua, la ponen sobre el fuego y echan en ella todo cuanto hallan: huesos de ternera y cerdo, carne cuando la hay, aves, alguna gallina robada, o torcaz de caza, toda clase de verduras y legumbres disponibles y a hervir durante horas.

La provisión de trigo en ocasiones se retrasa y cuando llega es para hacer pan, tortas y galletas. Claro que un buen plato de gachas con tocino...

Tan solo lleva en el campamento desde hace unas semanas pero los camaradas de su padre le están cogiendo aprecio, algunos tienen hijos propios. Está prohibido casarse mientras se presta servicio, pero lo normal es hacer la vista gorda. En tiempos de paz como los actuales, bueno de relativa paz con los galos nunca se sabe, son frecuentes los emparejamientos con mujeres del lugar, una vez licenciado el legionario obtiene el reconocimiento oficial de mujer e hijos así como la ciudadanía romana, con los consiguientes beneficios y prebendas que eso conlleva.

—¿Qué vas a hacer hoy Tulio?

— Llevo tres días tras el rastro de un jabalí, ayer descubrí su yacija. Hoy no se me escapa. ¿Vienes de caza? —el otro asiente.

Marco, observa a los hombres, uno de ellos, Gordio el cocinero, le alarga un trozo de pan, duro de días, muchos días, pero remojado en el potaje caliente sabe a gloria.

— Yo voy a acompañar a los cantineros al pueblo, ¿quieres venir Marco?

Niega con la cabeza. Debe ayudar a su padre en la herrería, es una faena que detesta pero no halla atractivo a las ciudades galas. Las gentes miran a los romanos con recelo, cuando no odio abierto, los comerciantes galos exigen precios desorbitados por los peores artículos y después de vendidos, aún protestan sintiéndose estafados y pensando que podían haber obtenido en el regateo un mejor precio. En las calles embarradas se hunden las ruedas de los carros y a poco que te descuides te echan encima, desde cualquier ventana, un bacín de heces.

— He oído decir que César vendrá antes de tiempo...

— No me extrañaría, después de la cagada de Labieno, hará falta alguien que calme a los galos... Hace falta ser inútil.

— La sutileza no es para ese hombre...

— No, ni la eficacia...

— Oye, ¿qué tienes que decir del general?

— No, nada, pero cuando se desea asesinar a alguien no hay que ir con paños calientes.



- Tú lo habrías hecho mejor.
- A mi ese Commio no se me escapa...
- Claro, como ese jabalí, al que persigues desde el verano pasado, ja, ja, ja...
- Ja, ja, ja...

*Cárcel Mamertina, Roma 707 a.u.c (47 a.d.C)*

*A la divina reina de Egipto:*

*Oso dirigirme a ti, excelsa encarnación de Isis, como hijo del noble Celtilo, quien pudo ser, de no mediar la mano asesina de su propio hermano, rey y aunque no pretendo en modo alguno comparar, ni siquiera remotamente, mis terrenales raíces con tu divina estirpe, otórgame graciosa licencia para implorar tu ayuda.*

*Mi nombre carece de importancia, todos, amigos y enemigos me conocen como Vercingetórix, los romanos lo traducen como: «el rey supremo que combate al enemigo», o bien como «jefe de cien jefes».*

*La alteza de mi padre no aporta el menor grado de realeza a mi sangre pero eso tampoco menoscaba mi autoridad entre los míos.*

*Mi padre si hubiera sido un gran rey, pero la codicia de unos pocos le hizo asesinar. Al igual que yo mismo, él, intentó oponerse a las prerrogativas de un puñado de nobles avariciosos, protegidos y aupados al poder por Roma, y cuando los denomino «nobles» no me refiero a su talla moral, sino a su propia presunción de inmejorable linaje.*

*En los tiempos que corren, el pueblo extraña una mano firme y decidida, una testa coronada. El legendario Bituito fue el último rey de los arvernos. Combatió a Roma mezcladas sus huestes con los vecinos alóbroges y a punto estuvieron de expulsarlos de nuestras tierras. El cónsul Domicio invitó al rey a unas conversaciones de paz, a las que acudió Bituito cegado por su propia nobleza. El traidor romano le encadenó y aunque el Senado desaprobó la felonía, en vez de liberarle, lo mandó a morir de hambre a la fortaleza de Alba.*

*Unos pocos años después, para borrar la memoria del último rey, la última rebelión y como muestra del poder opresor de Roma, construyeron la vía que une la Italia con la Hispania y la llamaron Domicia en honor y recuerdo del traidor.*

*En realidad soy el último caudillo de los galos libres. Y mas que hablarte de mí sea mas conveniente explicarte como es mi gente... Pero todo a su debido tiempo...*

*Oso escribirte desde la lóbrega mazmorra en la que me hallo preso, en la cárcel Mamertina, apenas un agujero excavado en la roca viva, y suplico de tu benevolencia no rasgues ni arrojes esta carta hasta haberla leído. Favor que espero recibir de tan excelsa persona. Pues no es de la derrota de un hombre de lo que deseo hablarte, no, ni siquiera aunque ese hombre represente a una raza en extinción, la de los hombres libres, si, pues aunque hoy tu reino goce del estatuto de «Estado Asociado», me han dicho, Roma no tardará en esclavizar a Egipto, como lo ha hecho con las Galias y antes con cuantos pueblos y civilizaciones han sido apetecidos por la codicia de sus mercaderes. Para Roma tan solo existen súbditos y pueblos a los que explotar, su voracidad no conoce parangón...*

*Por mi rebeldía, por defender la libertad de los míos me hallo condenado a muerte.*

*La perdida de la libertad conlleva la perdida de las costumbres propias, el vencedor impone su cultura, sus dioses, su forma de entender la vida...*

*No temo la muerte, todo final no es mas que un principio. La muerte solo es un cambio y no imploro por mi vida, esta vida, lo hago por mi honor. Una muerte honorable alentaré a mi alma a instalarse en un cuerpo digno de servir a mi pueblo. ¿Qué menos para un rival vencido en abierto y leal combate que una muerte con honor?*

*Ambos somos de semejante edad y me anima a escribirte las varias circunstancias que en común parecen darse entre nosotros. Por cierto no quiero avanzar mas cuestiones sin felicitarte por tu reciente maternidad. Te expreso los mejores deseos y pido a los dioses te sean propicios y permitan crecer con salud a tu hijo. Tal nacimiento habrá colmado de orgullo, me dicen que lo anhelaba desde antiguo, a su padre Cayo Julio César.*

*No me creas presuntuoso, hoy privado de libertad y quizás en breve de la vida, por atribuirme común circunstancia con quien hoy goza de los favores del dueño del Mundo, aunque estoy seguro que es él, quien disfruta de placeres reservados a los mismos dioses.*

*Tú, divina reina de Egipto, has debido luchar por el trono de tu país contra tus propios hermanos, yo tuve que hacerlo contra mi tío, culpable de la muerte de mi padre y de mí mismo de no huir furtivamente. Como ya dije me considero el último caudillo de los galos libres, pues tras la rendición, si rendí mis armas a César, acepto la humillación que supone tal... Bueno mas adelante tendré ocasión de explicar las circunstancias. La cuestión es que tras la batalla de Alesia, la Galia no es lo que fue y ya no lo será jamás.*

*Del mismo modo opino que tú eres la última reina de la dinastía tolemaica, debido al enamoramiento y tu juventud quizás no comprendes aún la avidez de Roma por dominar todo el mundo conocido.*

*Como ya he mencionado me hallo preso, como resultado del adverso devenir de la que todos conocen como Guerra de las Galias y yo calificaría como de «conquista» de las Galias, en la cual César se cubrió de gloria y yo de ignominia,*

*Se ha dicho que un alzamiento de las tribus galas contra la «autoridad» de Roma fue el inicio de la rebelión, ¿pero qué autoridad es esa?, quien otorga esa prerrogativa frente a hombres libres? No te voy a hablar de «lo que se ha dicho», pues eso ya lo conoces y carece de interés.*

*Te dije que iba a presentarte a mi gente como medio de darme a conocer y mejor manera que atiendas mi suplica, si pues eso es en definitiva esta misiva y esa su finalidad última: suplicarte ayuda. Y pienso que la manera de ser atendido es que conozcas al suplicante.*

*Pertenezco a la noble raza de los arvernos, el pueblo mas numeroso, rico, influyente e importante de la Galia y Auvernia es nuestra tierra. Nada que ver con tu reino, el árido Egipto, supeditado a la crecida de un río. En mi patria gozamos de muchos ríos, y no pocos lagos. Tierra de montes bajos de cimas redondeadas y suaves mesetas, cubierta de fértiles huertas, hermosos robledales y hayedos. En sus landas pastan numerosas reses.*

*Gergovia su capital, inexpugnable, el mismo César debió levantar el sitio y abandonar su asedio no sin dejar sobre el terreno los cadáveres de sus mejores hombres .*

*De ella salí huyendo de la felonía homicida de mi tío Gobannicio. Reuní un grupo de partidarios y con ayuda de los druidas me erigí en líder de mi pueblo. Los druidas, debería hablarte de ellos pues son el alma de mi pueblo, aunque me han dicho que en tu nación la clase sacerdotal goza de grandes privilegios... y mas que darte a conocer tan respetable casta, mi intención es mostrarte mi legítima llegada al poder. No soy un sobrevenido, ni un advenedizo, como alguno ha pretendido en los áridos días de la derrota...*

*Pero debo concluir aquí mi relato, que no sea atendida mi demanda por lo farragoso de su exposición. Quedo a la espera de tu amable consideración y respuesta, no sin reiterar de nuevo mis felicitaciones y mejores deseos.*

*Vercingetórix, jefe ungido de los galos libres.*

— Mira, Marco, hoy vas a asistir a un espectáculo digno de los dioses. Ni el mismo Vulcano en su fragua...

Arrebuado en su manto, los copos de nieve van cayendo con similar pereza a la que invade el ánimo del muchacho, observa a su padre escarbar al pie de un sauce enorme. Han bajado hasta el río y tras apartar el leve manto níveo el padre, azada en mano, unas gotas de sudor brillan en su frente, cava con ahínco seguro de hallar algo.

Desde que han regresado trata por todos los medios de captar el interés del chaval por su oficio, de ganarse su confianza y quien sabe si incluso su amistad. Sabe que el chico ha sido el mas perjudicado en la ruptura matrimonial...

—¡Mira!

Muestra orgulloso un trozo de hierro completamente oxidado. La devoción del padre contrasta con el desdén, rayano en la grosería, del hijo. Mira a su padre como si hubiera enloquecido, pero Licio, da unos pasos hacia él y dice:

— Ahora no parece mas que un trozo herrumbroso de nada, ¿verdad?, una basura, pero esto es el alma de una falcata, ya lo verás.

—¿Qué es una falcata, padre?

La respuesta carece de interés para Marco, pero desea regresar cuanto antes. No le gusta andar por parajes solitarios, no suele alejarse fuera del campamento mas allá del campo visual de la empalizada, sabe que si grita una patrulla acudirá en su ayuda y las historias que ha oído con respecto a los galos no son nada enternedoras... Leen el porvenir en las entrañas de sus víctimas, pero no palomas o carneros, no, ¡seres humanos!, destripados por esos, druidas los llaman, sacerdotes asesinos que te abren las tripas con una hoz diminuta y adivinan los sucesos venideros reflejados en tus últimos estertores.

Han echado a andar, el padre ha envuelto el trozo de hierro en un paño y con extrema devoción se lo ha entregado. A grandes zancadas avanza por la espesura nevada. Marco corretea intentando seguirle, va pisando sus huellas, de ese modo con mínimo esfuerzo se coloca a su zaga:

—¿Para qué es esto, padre?

— Ya lo verás, forjaremos una falcata que será la envidia de todos.

—¿Qué es una falcata?

— Una espada hijo, la mejor que nunca hayas visto. Manejada por un brazo fuerte y experto no tiene rival. La usan los íberos, pueblo de Hispania fiero y gallardo donde los haya.

—¿Es cómo las...?

Marco iba a preguntar si dicha espada era semejante a las usadas por los soldados de las legiones, pero es evidente que no, lo cual aumenta su confusión pues si tan excepcional arma existe, ¿cómo es que César no la adopta para armar a sus legionarios? No será para tanto esa falcata.

De pronto el padre se detiene, da la vuelta unos pasos hacia el chico y le arrebató el trapo que cubre el trozo de metal.

— Así debes llevarlo, descubierto, mancharte con el orín, sentir la crudeza del metal, su frialdad...

— No si ya la siento, ya, se me están quedando las manos como hielo...

— El hierro debe impregnarse de tu alma. Cada falcata es única, personal e intransferible, ¿sabes que cuando un guerrero íbero, un guerrero notable, muere, entierran con su cuerpo todo su



ajuar, armas incluidas, destruyéndolas para que nadie más las vaya a utilizar?

Aquella historia carece de interés para Marco, aquella historia y el propio quehacer del padre, detesta el trabajo de herrero, accedió a acompañarle, de hecho no tuvo elección, bajo la promesa, el señuelo, de alistarse, ¡eso es vida!, lucir la loriga de los legionarios, su enorme escudo, aprender a lanzar la jabalina, luchar con la espada, empuñar la lanza pesada de los triarios, ¡montar a caballo!, ¡como los prestigiados soldados de la legión X!

Ha podido ver rasgos de admiración en los ojos de los galos, al incidir en ellos el relumbrón del Sol sobre las corazas y yelmos de los soldados, cuando desfilan marciales al son de los timbales...

No comprende el brillo de emoción en los ojos del padre cuando mira con arrobó aquel trozo de metal, ¡muy pesado por cierto!, pero le sigue la corriente, abraza contra sí el herrumbroso despojo y echa a andar con más brío, han salido del bosque y ya divisan la empalizada del campamento.

— Pesa mucho —se queja.

— En la fragua se quedará en la mitad o menos.

Un numeroso grupo de arrestados están vaciando de nieve el foso al pie de la empalizada y acondicionándolo, a las ordenes de los «*fabri*».

La cara frontal suele estar cubierta de hierba para evitar sea erosionada por la lluvia, también de ese modo facilitan el resbalón de los enemigos que traten de subir por él. Si la nieve llega a helarse en el foso, los posibles asaltantes enemigos alcanzarían la empalizada a pie plano. Contra ella amontonan todas las piedras de buen tamaño que hallan, pues en muchos tramos, los más expuestos, ya están sustituyendo la empalizada por un muro de piedra.

— ¡Eh Licio, está pala no funciona! —grita uno de los arrestados.

— ¿A no, qué le pasa?

— Si no la acompaño con mi fuerza no retira la nieve ella sola, ja, ja, ja...

Y otro entre el grupo reclama:

— ¡Envíanos a tu chaval con una jarra de vino caliente especiado, vamos a enseñarle todo lo que debe saber de la milicia, je, je...!



—¡Si, y de paso le haremos un «hombre», je, je...!

— De vosotros tan solo aprenderá perrerías.

—¡Vamos, vamos, quiero ver esas palas moverse tan deprisa como si tuvierais entre manos la «tercera pata» de vuestro «amiguito» griego!

Orencio, el centurión, impone orden, todos callan y trabajan, nadie quiere catar en sus lomos el grueso sarmiento con el que suele expresarse.

Cruzamos la empalizada cuando uno del grupo de castigados entona un canto bastante obsceno, referido a una afamada ramera, supuesta madre de un bravo oficial, ¿centurión, tribuno?, que no tarda en ser cantado alegremente por la cuadrilla de arrestados en el foso.

*Roma, 707 a.u.c. (47 a.d.C.)*

*Señor Vercingetórix:*

*Recibo la vuestra con pena y consternación. Pena por vuestra situación de prisión similar a la mía y consternación pues sin duda me habéis confundido con esa perra que afirma ser mi hermana: Cleopatra. Pues de sobras es conocida la bastardía de su nacimiento.*

*Yo soy Arsínoe IV, la legítima reina de Egipto según la voluntad de mi padre Tolomeo XII, mas conocido como Auletes, por su afición a tocar la flauta, y así consta en el testamento custodiado por el Senado de Roma y que ese usurpador calvo ha tergiversado en su propio provecho y beneficio, con la complicidad de la citada perra quien no dudó en asesinar, al único romano de auténtica valía, el noble Pompeyo.*

*Si de la voluntad de los dioses se deriva la victoria del Senado en la actual guerra civil en que se halla sumida Roma, veréis mis derechos reconocidos.*

*Derrotada a causa de las maquinaciones traidoras, de mi bastarda hermana en la guerra de Alejandría, me hallo presa a la espera de ser asesinada, que no ajusticiada a menos que la traición y la felonía sean hoy consideradas... Disculpád mi vehemencia, pero me hierve la sangre ante la sola mención de*

*esa sierpe a la que todos adoran: Cleopatra. Sin que a nadie importe los medios de que se ha valido para alzarse a tan corrupta peana.*

*En Roma, los aduladores del dictador calvo, dicen de ella que «es impulsiva, caprichosa, ingenua, espontánea, apasionada, diplomática y constante, una sirena del Nilo». Yo os aseguro que es impulsiva por alocada; caprichosa por insegura; ingenua solo en apariencia; espontánea por insolente; apasionada, virtud de meretriz; diplomática por taimada y constante por terca, una culebra de fango del Nilo.*

*Es la mencionada ramera la que, entregada al invasor romano como si parte del botín fuese, ha engendrado ese bastardo al que llaman Cesarión, aunque ni el presunto padre lo haya reconocido como hijo propio.*

*En vuestra misiva no presentáis demanda alguna que yo pueda satisfacer, no obstante en nada puede beneficiaros la relación conmigo, hoy la estrella de Cleopatra brilla en el firmamento romano con la intensidad de la prostituta de moda en el burdel de lujo mas soez que hayan contemplado los días.*

*Ignoro que favor pretendéis obtener, aunque nada conseguiréis de quien todo lo ansía para sí, a menos que contéis con algo valioso para ofrecer a cambio.*

*Yo por mi parte os incito a la fuga, ¡escapad!, César se halla en África en su loco afán por extinguir la sombra de Pompeyo, persigue a los hijos de su yerno sin importarle las fatigas ni la sangre ajena a derramar, regresad a la Galia y yo desde Éfeso os haré llegar el oro necesario para poner en pie de guerra un ejército de cien mil hombres.*

*Es tan grande el temor de Roma por los galos que Catón, exigió que el Senado entregase a César a los bárbaros tras la matanza de usipetes y tencteros para aplacar así la ira celta. El recuerdo de Breno y su hazaña está presente en el ánimo romano. ¿Acaso no os agradaría emular a vuestro antepasado Breno y arrasrar la hez de Roma?*

*Señor Vercingetórix, cuidaos de los enemigos de César, pero mucho mas de sus amigos en ellos hallaréis la traición.*

*Arsínoe IV, legítima reina de Egipto.*

—¡Ahora Marco, échalo!

El muchacho echa el hierro al lecho ardiente de la fragua, tratando de no quemarse. El padre no para de agitar el fuelle, añade dos buenas paladas de carbón y con un gancho atiza el fuego al tiempo que explica:

— El año pasado lo enterré. Es un buen pedazo de hierro belga. Los maestros de la forja íberos entierran el hierro durante años, el tiempo, la humedad de la tierra, devoran las capas superficiales, las mas débiles del hierro, lo que resta es el alma del metal, su duro corazón... ¡Verás que espada nos va a salir! Será el primer arma que forjes, o por lo menos que veas y ayudes a forjar, ¿te gustará?

Marco asiente, mira a su padre, mira al fuego, siente la agradable calidez en el rostro y pregunta:

—¿Cuándo podré alistarme?

— Cuando tengas edad.

La seca respuesta del padre no deja dudas acerca de su desacuerdo con las apetencias filiales. Pero lo que se trae entre manos es demasiado importante como para malograrlo con un enfado. Tras un buen rato mira a su hijo y hace un esfuerzo conciliador:

—¿Quieres ser soldado?

— Si.

— La guerra es oficio deleznable.

— Pero tú eres soldado padre, construyes máquinas que matan a muchos.

Una sonrisa de orgullo alegra el rostro iluminado por el fulgor del hierro candente:

— Algún día las máquinas lucharán en vez de los hombres...

Expresión de incredulidad en el chico, el padre elucubra:

—...Máquinas dirigidas por guerreros, a distancia tal que los libre de los dardos enemigos, destruirán su posiciones, arrasarán sus defensas y...

—¿Y qué hará que esos enemigos no tengan sus propias máquinas asesinas?

—¡Je, je, je...! Licio se ríe de la cara de perplejidad de su hijo, aunque inocente le sabe acertado en su ingenuidad.



*Cárcel Mamertina, Roma 707 a.u.c. (47 a.d.C.)*

*A la divina Cleopatra Philopator Nea Thea, reina de Egipto:*

*Señora soy el Vercingetórix, ya sé que a primera vista mi apodo no os dice nada, menos aún os diría mi nombre. Soy el último caudillo de la Galia libre, preso en la cárcel Mamertina y aunque no lo creáis esta es la segunda carta que os intento hacer llegar. Por un error del mensajero, la anterior fue a parar a manos de vuestra noble hermana Arsínoe.*

*Me dicen que somos de edades similares, de ahí que sin ánimo de menosprecio hacia la reina de Egipto, divina hija de Isis, opte por prescindir de cualquier tratamiento, respecto a mí por supuesto. He sabido que los monarcas de Egipto, faraones he sabido que os llaman, gozan de tratamiento y consideración propia de dioses vivos, ante eso cualquier calificación o título humano carece de importancia o significado.*

*¿Qué puedo deciros para que no os hagáis de menos al leer mi súplica?, tan solo que mis orígenes son nobles en el mas humano de los sentidos.*

*Os ruego tengáis a bien atenderme y no arrojéis la presente sin haberla leído, al menos. Tan solo con eso me daré por satisfecho.*

*Debido a mi juventud, quizás he pecado de... he sido utilizado por los míos y no quisiera que, fruto de mi inexperiencia, mis intenciones se vieran tergiversadas causando un perjuicio a César, quien, aunque lo tengo por enemigo, que no rival, es en el honorable campo de batalla donde los hombres dirimen sus diferencias y no en contubernios de salón.*

*Como te supongo mas versada en el mundo de la política, ¡detestable terreno a fe mía!, te ruego me expliques cual es la situación aquí, pues siempre he creído a César rey de Roma, carezco de una clara idea acerca del poder del Senado. ¿Quienes son esos Optimates?, los imagino como la felona Asamblea de Nobles galos, reunidos en Bribacte, que me vendió a César.*

*Antes de avanzar en mi solicitud de ayuda deseo saber si esta ha llegado a tus manos y si tu disposición es favorable, divina Cleopatra, sin que dicha disposición suponga menoscabo alguno de tus prerrogativas.*

*No me despediré sin antes felicitarte por tu reciente maternidad, imploro a los dioses que veas crecer con salud y fortuna a tu hijo Cesarión.*

*Vercingetórix.*

A media mañana un cierto revuelo atrae a Licio, abandona su fragua encargando a Marco que mantenga vivo el fuego, el trozo de hierro comienza a tomar color y no debe enfriarse hasta estar a punto de yunque.

Marco ha visto a su padre trabajar en distintas ocasiones, siempre eficiente, cada golpe de martillo acertado, cada remache en su sitio, los filos perfectos, los pasadores de jabalina en su lugar exacto, pero era la primera vez que le había oído canturrear mientras atizaba el fuego. Se consumía de ganas de acudir a alguno de los corrillos que se estaban formando en las calles principales del campamento y en las puertas de la cantina, más por huir de la obligación que por curiosidad. Incluso los reclutas, armas de entrenamiento abandonadas en el suelo helado, inquirían novedades agolpados en la puerta de la cantina a las mujeres que andaban entrando y saliendo. Tan solo el grupo de arrestados proseguía con la dura tarea de mantener los fosos limpios y la empalizada libre de obstáculos, cantaban a voz en grito obscenas canciones o pedían una tregua al centurión para echar un trago de vino con que calentarse.

El pedazo de hierro, carbonizadas las primeras escorias, estaba pasando del rojo vivo al amarillo candente. Marco añadió una palada de carbón alrededor y movió el fuelle según las instrucciones de su padre. Miraba fijo el fuego y sin querer la imagen de su madre le vino a la memoria, la echaba de menos, la añoranza le mordió el alma. No pudo evitar la tristeza por la forzada separación. Habría preferido permanecer junto a ella, pero en ese caso nunca habría podido enrolarse... ¿Volvería a verla algún día? La nostalgia le lleva a leer otra vez la carta de su madre. Sin abrirla su padre se la entregó en cuanto reconoció la letra de su esposa:

*Narbonense 701 a.u.c. (53 a.d.C.)*

*Querido hijo:*

*Me he alegrado mucho al leer la tuya y deseo seguir teniendo noticias tuyas.*

*Te echo mucho, muchísimo, de menos. Mi vida, contigo lejos, ha perdido todo significado, la tristeza me consume y los días, la vida, transcurren aguardando tu regreso, ¿qué te retiene en ese confín de mundo?*

*Si era castigarme lo que tu padre pretendía, puedes decirle que lo ha conseguido y nunca sabrá hasta que extremo. A causa de mi tristeza, el molinero me ha abandonado, me hallo sola y la única alegría que he tenido últimamente ha sido poder leer tu carta, hijo mío.*

*He ido a vivir con tu abuela, de mala cara, pero me han acogido. La Paz y el buen tiempo pronostican buenas cosechas, el fantasma del hambre parece alejarse, tan solo preocupa la falta de brazos para la siega. Tus tíos y primos han prometido acudir y entre todos llenaremos el granero. El abuelo tiene el huerto a rebosar de verduras, tiene buena mano para eso...*

*No tardes en escribirme, te añoro y te quiero.*

*Recibe un fuerte abrazo y muchos besos de tu madre.*

—¡Marco, Marco!, ¿dónde está tu padre?, necesito un casco...

Responde encogiendo los hombros y mueve el fuelle.

— He ido a su tienda y me han dicho...

Da unas vueltas, desazonado, por la herrería...

—¿Tú sabes de quien es este?

El chaval responde negando con la cabeza. Cástulo da media vuelta y sale corriendo con el casco en la mano, a mediodía entra de guardia y será arrestado si lo hace desprovisto de yelmo. Si no encuentra a Licio deberá pedir a un compañero que le preste el suyo, pues el que acaba de coger no le cabe y los legionarios son bastante celosos de su equipo, no en vano tardan años en pagarlo.

Las noticias son inquietantes, abren las puertas de par en par cuando los centinelas avisan de la llegada de los carros que salieron a primera hora en busca de víveres. Vuelven de vacío y lo mas preocupante, los galos andan en secretos conciliábulos, los druidas incitan a la rebelión, hablan de Libertad, tachan a los romanos de invasores, los acusan de corromper a la juventud... Cuentan como los mercaderes se refugian en las ciudades próximas a los acuartelamientos incluso se comenta algún linchamiento de funcionarios romanos. En particular inquietantes

las noticias de Cenabum, no en vano no ha mucho las hachas de los lictores han caído sobre el pescuezo de uno de los mas notables oligarcas carnutos, Accon.

— Padre, ¿qué pasa?

— Los galos, hijo, siempre andan rebelándose. ¿Cómo tenemos eso? Cada año los druidas se reúnen aquí, en la tierra de los carnutos, en secretos...

—¿Qué son druidas, padre?

— Son como sacerdotes, o maestros, también casan a las gentes de aquí y educan a sus críos, son los que detentan el poder... Aunque eso sucede en todas partes, los que conocen la voluntad de los dioses la manejan a su antojo y provecho para manipular a los hombres... La casta sacerdotal aún es mas deleznable que la guerrera, en ellos no hay honor ni aman la vida.

—¿Cómo dices, acaso los guerreros aman la vida?

— Precisamente porque su oficio es propiciar la muerte, nadie ama mas la vida que un soldado, nadie como él, como nosotros, entiende la bondad de estar vivo, disfrutar del calor del Sol en el rostro, un trago de buen vino, un bocado de pan reciente... En este oficio se pasan calamidades sin cuento, calor, hambre, sed, el frío del Infierno...

Al tiempo que habla mueve las manos, acciona el fuelle, remueve el brasero y coloca el hierro, ahora amarillo oro, donde mas vivo es el fuego.

—...Los galos están muy divididos, cada clan, cada familia mas o menos poderosa tiene un jefe que domina a su vecinos. Cada jefecillo arrastra tras él quince, veinte o cincuenta guerreros, algunos cientos o miles incluso. Si se pusieran de acuerdo en elegir un líder capaz de unir tantas individualidades nos barrerían.

—¿Alguien como César?

— No hay otro como él. Pero si, veo que has captado la idea.

—¿Va a venir?

—¿César?, por supuesto, en cuanto despeje la nieve y los árboles alumbren brotes nuevos le tendremos por aquí, ahora estará en Roma, je, je, cortejando a las mujeres de sus enemigos, je, je, y por Júpiter que son tan numerosos como hermosas sus esposas, ja, ja, ja...!

Roma 708 a.u.c. (46.a.d.C.)

*A la auto proclamada nueva Isis o mi muy detestada ramera:*

*Crees haber tocado el Olimpo con tu infecta persona, por el hecho de compartir esporádicamente el lecho de César. Vana ilusión, tan vana como tu persona.*

*Has de saber que César es mío desde que apenas un adolescente abrió los ojos a la vida en mi lecho. Casó con las bellezas de Roma mas deseables y apetecibles a decir de todos y sin embargo nunca dejó de atenderme. Ni siquiera la hermosísima, aunque vacua, Pompeya logró retenerle.*

*Sepas que ha visitado asiduamente el lecho de Postumia, casada con Servio Sulpicio Ruso; ha amado a Lolía, esposa de Aulo Gabinio; los amoríos con Mucia, segunda esposa de su socio Pompeyo fue causa del divorcio de esa pareja. Y que decir de la fogosa Tertulia, esposa de Craso; obsequió a César con tal escandalo en las formas que si una prostituta de Oriente fuese, como tú misma sin ir mas lejos.*

*Aunque casado con la respetable y no menos hermosa Calpurnia, me visita a menudo y por lo que me cuenta en absoluto echa en falta tus encantos, por jóvenes o exóticos que los presumas.*

*Le has hechizado como la serpiente a la rata.*

*Imagino sabrás que actualmente demora su regreso de África por disfrutar de los encantos de la que dicen bellísima Eunoé, esposa del rey Bogud de Mauritania. Sin mencionar a la incontable multitud de meretrices, ramera, prostitutas y esclavas a las que ha amado en sus campañas durante años. El mundo conocido se hallaría atestado de cabrones calvos si la Parca no nos librara de ellos en benéficas incursiones.*

*Que lamentable desgracia si tu vástago amaneciera ahogado en su cuna... Ignoro que te hace pensar que vaya a reconocer al bastardo que has parido, son de dominio publico tus furoros fornicadores con siervos y esclavos, ¿a qué esa pretensión?*

*Mi hijo Junio Bruto ha sido adoptado por César y él será su legítimo heredero*

*Perra extranjera regresa al deleznable cubil del que nunca debiste salir.*

*Servilia*

Armado de gruesas pinzas pone sobre el yunque el trozo candente, ahora blanco, y comienza a golpearlo con amorosa cadencia. El comentario de antes le ha traído a la memoria la imagen de su esposa el pasado verano, a pesar de lo avanzado del embarazo, estaba preciosa. No vio ni rastro de vergüenza en sus ojos, eso fue lo que le decidió a repudiarla, no solo no estaba arrepentida por haberle engañado, hacía tiempo que le había abandonado, de hecho quizás él mismo se enroló como vía de escape a un matrimonio que hacía aguas, una vida anodina. No tenía ningún derecho a llorar por una ruptura que no supo evitar a tiempo... Aún amaba a esa mujer...

Saltan chispas, Marco se aparta un paso aunque mira fascinado la acción del martillo sobre la forja...

Sabedor que su padre está alcanzando el grado tal de concentración en su trabajo como para convertir en placentero el incesante y sabio martillar, sale de la herrería. El cielo se ha encapotado, ha comenzado a nevar levemente y decide interesarse por lo que está pasando en el campamento.

Los corrillos expresan temor, temor y excitación por una pronta actividad bélica, rostros preocupados entre los veteranos y alegría inconsciente en los reclutas, ven pronta la hora de demostrar su valía o el color de sus entrañas.

Los centuriones acuden al barracón del legado, donde se han reunido hace rato los tribunos. Tito Labieno, el lugarteniente de César, su hombre de confianza, los ha convocado tras escuchar los informes de espías, informantes y galos amigos de Roma: todos coinciden que tan solo se trata de un descontento local, provocado por la ejecución el año pasado de Accon, jefe de los carnutos opuesto a las disposiciones de Roma para monopolizar la explotación de las minas de hierro belgas. Condenado por César, por rebeldía, en cuanto el hacha de los lictores cercenó su cabeza, toda la Galia sintió el tajo en sus propias carnes.

Cenabum, ha sido asaltado por los carnutos, los jefes Gutruat y Conconet al frente de la insurrección, por sus calles han arrastrado los cadáveres de los funcionarios romanos, mercaderes, reconocidos colaboradores, propietarios y todo aquel culpable de confraternizar con el invasor ha sido asesinado y vejado su cadáver, sus bienes expoliados y asaltadas sus haciendas.

Y puestos a matar romanos y asaltar sus bienes, no han distinguido entre honrados comerciantes, avaros mercaderes o beneméritas prostitutas.

Cada año en esta ciudad se celebra la convención anual de los druidas. Años atrás los oligarcas acabaron con la Monarquía en las principales tribus, ahora regidas por un Senado a la usanza romana, en dicha institución prevalecen los intereses de la clase dominante en detrimento de sus semejantes. La cofradía de los druidas estableció la figura del Vergobret, un «justiciero» con poder sobre todas las tribus y clanes a fin de mantener un mínimo de Justicia entre las variopinta, siempre enfrentadas y en ocasiones rivales a muerte sociedades galas. Los druidas nombran a ese «justiciero», imponen veto religioso a individuos, sin importar rango, y clanes, intervienen en derecho civil, pleitos relacionados con lindes, herencias, etc, y criminales, y solicitan el favor de los dioses mediante cruentos sacrificios humanos. Ellos deciden la paz y la guerra y ahora abogan y fomentan un sentimiento nacional galo inexistente, contra del invasor romano. Una agresión externa siempre ayuda a formar un nacionalismo, sea el que sea, las gentes no se sienten «galos» sino eduos, arvernos remes, boyos, etc.

La dicha cofradía no ve con buenos ojos la llegada a la ciudad, de su convención, de la caravana de prostitutas y chalanés, mejor dicho no tolera el exceso de alegría, la sensación de fiestas que produce el arribo de las alegres muchachas. Saltimbanquis, rameras extranjeras, tratantes de ganado, los mas respetables galos se pirran por embriagarse en los dulces vinos procedentes de la Provincia, ¡nada que ver con su insípida cerveza!, por adquirir caballos de razas foráneas y perros de caza lo mas caros posible.

Por supuesto los hombres de bien hicieron oídos sordos a las prédicas y enojos de los druidas, excepto los precios ¿qué tenían de malo los favores de esas prostitutas y los cántaros de buen vino?, regalo del mismo Baco, un benéfico dios romano a juzgar por los dones otorgados a los hombres.

La Cofradía de los druidas recurrió a las mujeres, esposas, madres e hijas a las que hizo ver la necesidad de extirpar semejante lacra extranjera, deleznable ejemplo para maridos e hijos. Éstas tan solo tuvieron que encender el fuego, la exaltación pro-

pia de la embriaguez y el alborozo de la propia satisfacción de los sentidos hizo el resto. También ayudaron los comerciantes locales, celosos del éxito de los foráneos, pues durante las celebraciones las gentes de paso y forasteros venidos de toda la comarca para la ocasión preferían hacer fonda en el campamento, ahora devastado, antes que en la población.

El legado Labieno ordena la salida de una cohorte en orden de combate, darán una batida en los alrededores precedidos por una veintena de jinetes, cuidarán de los forrajeadores, a fin de acopiar los víveres necesarios y hacerse una idea mas precisa de la situación en los contornos.

Preocupa la desertión de los jinetes galos, ahora la legión mermada de caballería tan solo cuenta con los legionarios que sepan montar.

Guardias dobles en las torres de vigilancia y en la empalizada, se dicta orden de alerta, se suprimen los permisos y se ordena a todos los civiles que abandonen el campamento hasta nueva orden.

Con lágrimas en los ojos despiden a sus familias algunos veteranos, los centuriones prometen que será cosa de «un par de días», hasta que la situación torne a la normalidad y después de todo quizás se trate de unas partidas de jinetes galos ociosos que han asesinado a un gordo mercader para hacerse con su arca, su biga y sus esclavas.

En la mente de todos el fantasma de Carrhae. El nueve de julio pasado los partos han aniquilado al ejército de Siria. Legados y tribunos todos son, eran, compañeros de armas del bravo hijo de Craso: Publio Licinio. Todos le respetaban y querían, un valiente capitán con indudables cualidades.

César le envió junto a un contingente de caballería gala como refuerzo al ejército con que su padre planeaba invadir y conquistar el prospero reino de la Partia, en la fértil Mesopotamia.

Tan loable intento estaba gafado desde su planteamiento pues algunos opinan que no era mas que un pretexto del Senado para librarse de uno de los triunviros, denostados como «*los tres dinastas*» o también «*el monstruo de las tres cabezas*», precisamente el que hacía de contrapeso entre Pompeyo y César, para de ese modo hundir el Triunvirato, por temor a un retorno a la odiada monarquía.



Ante la complacencia del Senado en esta nueva locura, el tribuno de la Plebe Ateyo Capitón se opuso con extremada vehemencia, llegando a cruzarse en el camino de Craso, fue apartado de un empujón, tras infructuosos intentos por atraer a Pompeyo Magno a la causa de la Paz con Partia.

A fin de evitar movilizar nuevas tropas para la campaña parta, el Senado obligó a Pompeyo y a César a ceder cada uno, una de sus legiones a Craso, Pompeyo entregó la que le tenía prestada a César, por lo que éste se vio obligado a desprenderse de dos legiones. Por fortuna el verano pasado los galos se limitaron a conspirar, pero si ahora los rumores eran ciertos y la rebelión se hacía efectiva, todas las legiones serían pocas.

Cabe decir que Partia siempre respetó los tratados firmados con Roma y desde los tiempos de Sila el río Éufrates marcaba la frontera entre ambos.

A la sazón gobernaba en la Siria, el eficiente Aulo Gabinio, quien cruzó el río Éufrates imponiendo la paz romana en el conflictivo reino de la Partia, hijos deponiendo a sus padres del trono para luego degollarse entre ellos.

A punto está de lograrlo cuando Roma, es decir Pompeyo, le ordena ir a Egipto para reponer en el trono a un oscuro tiranuelo apodado Auletes, el flautista, y de nombre Tolomeo XII, desposeído por su propia hija, una tal Berenice. Repuesto en el trono de Egipto por las armas romanas, parece ser que se dedicó a beber vino, tocar la flauta y masacrar a todos sus súbditos que no conseguían morir de hambre.

Cuando Gabinio regresó a Siria se topó con Marco Licio Craso, su reemplazo en el mando. Craso, sexagenario, celoso del éxito de César y un tremendo odio por Pompeyo, al que detesta desde que diecisiete años atrás juntos vencieron al bandido llamado Espartaco, líder de una rebelión de esclavos y gladiadores. En realidad él venció la revuelta en batalla campal en la Lucania, Pompeyo se limitó a aplastar bandas dispersas de hombres aterrados, vencidos, famélicos, desarmados, perdidos, con los que topaba a su paso.

Para colmo en el reciente reparto de poderes entre los triunviros a Pompeyo le ha correspondido, además del gobierno



de Hispania, el cargo de Administrador de la Anona, es decir debe ocuparse de proveer, almacenar, tasar y distribuir el trigo; *«un chollo demasiado bueno para dejarlo en manos de un pusilánime como Pompeyo»*.

Ahora se cree un nuevo Alejandro, retoma los planes de Gabinio para cruzar el Éufrates y luego el Tigris, someter la Partia y conquistando la Bactriana ¡llegar a la India!

Poseído por una avaricia insaciable, por su orden se despojan todos los templos y santuarios de Siria, Armenia y Judea, acumula un mar de oro, pero todo es poco para alguien enfermo de codicia, y los relatos de los inmensos tesoros en Ctesifonte y demás ciudades partas, las riquezas de sus templos, le atraen de forma enfermiza. Claro que esto no es nuevo, treinta años antes luchando junto al tirano Sila, acumuló una fortuna, luego aumentada mediante la especulación y la usura, con las propiedades incautadas a los partidarios de Mario. Craso ayudó a cancelar las oprobiosas deudas de César. No en vano era uno de los más, si no el que más, rico hombre de Roma. El tráfico de esclavos y la usura apenas aminoraban su afán de riquezas.

*Siria, 700 a.u.c. (54 a.d.C.)*

*Querido Cayo Julio César:*

*La presente es tanto una despedida como una bienvenida. Marcho a la conquista de la Partia, en Roma han tratado de impedírmelo por todos los medios, legales e ilegales, pero al fin estoy en Siria.*

*Has de saber que tus legiones no me han sido entregadas y permanecen en suelo italiano “a la espera”, ¿a la espera de qué? Ese pomposo, rey de los cobardes, en vez de marchar a su destino en Hispania, permanece en Roma, comiendo la sopa boba. Se ha hecho con el cargo de la Anona y dominando el comercio del trigo y con autoridad para fijar su precio... También tiene acceso a la Caja del Estado. Ha solicitado un nuevo mandato, bueno, su indolencia llega a obligar a sus partidarios a dar todos los pasos. A éste deberán subirle a empujones o en andas al trono.*

*Ignoro que habrán visto en personaje tan melifluo los bastardos del Senado, tan falso como sus supuestas victorias contra los piratas, tan solo aguarda una oportunidad para hacerse proclamar cónsul único.*

*Para reconciliarse con los optimates; por cierto ¿sabes que le llaman “nuestro dictador”?; ha perdonado y hecho regresar del exilio a Cicerón y otros indeseables de la nobleza mas recalcitrante.*

*Debo agradecerte el contingente de caballería celta que me has enviado. Mi hijo sabe como manejar a esos galos y estos le muestran tal afecto y deferencia que no dudo aumentará su eficacia en la batalla.*

*En unas escaramuzas previas he comprobado la contundencia de su actuación y tan solo deseo ver el momento en que se midan con los jinetes persas.*

*Puesto que tú corres con los gastos del dicho contingente, ¿no?, he pensado que quizás te interesaría mas participar en el botín, sin duda calculo será excelso, con un pequeño porcentaje, que no una rebaja en los intereses del próximo vencimiento, en cualquier caso ya me dirás algo antes del inicio de la campaña.*

*He podido ver una muestra de los pájaros con que suelen entretenerse estos bárbaros orientales. Reyes, príncipes, dignatarios e incluso sacerdotes tienen en la cetrería una de sus aficiones, o afanes diría yo. He ordenado capturar con vida cuantos halcones veamos, aunque sea necesario para ello cortar las manos a sus propietarios, seguro que en Roma alcanzarán precios interesantes, ¿no crees? Hablando de precios, tú eres un hombre de mundo, ¿crees posible acrecentar el aprecio por las piedras preciosas? Yo opino que en cuanto la meretriz de moda luzca uno de los enormes zafiros que he visto coronar los turbantes con que estas gentes cubren sus testas, todas las damas de Roma desearan uno, a cual mas grande, de ahí que sea necesario alcanzar sin tardanza la India y el lejano Oriente. Perlas, rubies, zafiros, el comercio de especias y la seda bajo el control de Roma, nuestro, mío, ¿te gustaría participar?*

*Y hablando de meretrices, he constatado la belleza de las mujeres orientales y no dudo alcanzarán enorme predicamento y preferencia en los lupanares de toda Italia, desbancando a las galas y germanas que estás enviando, toscas y rudas como ellas solas.*

*Por cierto entre los galos que me has enviado, eduos creo, circulan rumores, insistentes rumores, acerca de las riquezas encerradas en los templos de sus vecinos, arvernos dicen. Me parece que tardas en desvalijar dichos templos, sería una buena manera de acabar con tus deudas y agobios, ¿por cierto ya has previsto el pago del próximo vencimiento?*

*Pepitas de oro del tamaño de lentejas, si no mas grandes, pueden hallarse en los ríos y torrentes de dicho país, Auvernia lo llaman.*

*La ociosidad es mala consejera para el soldado, bien lo sabes, y lavar arena puede ser un ejercicio que aleje el indeseado hastío y la holganza, que conducen al relajo y la indisciplina.*

*Con afecto, Craso*

Aquél primer año la campaña es preparatoria, los romanos efectúan un gran reconocimiento, ocupa plazas importantes en la frontera pero Craso duda del camino a seguir: dar la vuelta por Armenia, mas lento, mucho rodeo, pero mas seguro o bien atravesar el desierto de Mesopotamia, camino mas recto aunque no exento de riesgos. Su Estado Mayor aconseja seguir el cauce, la orilla izquierda, del Éufrates para estar en comunicación con las naves que transportan las vituallas. Además en ese camino, aun siendo mas largo, todas las ciudades al paso son de origen heleno y por tanto prorromanas.

Aquella campaña de tanteo sirvió de aviso a los partos y emplearon todo aquel año en prepararse a conciencia. Conocedores de la superioridad de la infantería romana planean una lucha a distancia, evitando el letal cuerpo a cuerpo y aprovechando al máximo la ventaja de sus excelentes jinetes.

Agbar, un jeque árabe, visita a Craso y aconseja el camino del desierto, guiado por los beduinos «amigos» no hay perdida posible. El dicho jeque contó con el favor de Pompeyo de ahí que Craso confie en él.

En los inicios del verano siete legiones, los cuatro mil jinetes galos enviados por César al mando del joven Publio Licio y cuatro mil auxiliares, arqueros y honderos, se ponen en marcha a través del árido desierto. Los días se suceden monótonos, la desolación del de-

sierto consume provisiones, agota las reservas de agua y los hombres sucumben al yermo implacable.

El ejército enemigo tan solo se deja ver cuando la situación parece extrema, los beduinos salen en su persecución y la salvación parece llegar con las aguas cristalinas del río Balissos. Un merecido aunque escaso reposo y tras cruzar el cauce, las cimas de las ásperas colinas aparecen ocupadas por interminables filas de jinetes partos, los amenazadores relumbrones de sus cascos de hierro, demasiado tarde se perciben que ¡han caído en una trampa! Entre las filas enemigas, Craso y su estado mayor, observan desolados la presencia de los «amigos» beduinos, Agbar al frente.

Craso envía a su valeroso hijo al frente de sus jinetes galos contra el enemigo, desconocedor del mismo. Los partos, eluden el cuerpo a cuerpo, han situado en vanguardia pesados escuadrones de caballería acorazada, si pues hombres y animales van protegidos por corazas y mallas de hierro, golas de cuero amen de otras protecciones y armados de largas lanzas, son los temibles *catafractarios*

Los caballos persas mucho mas grandes que los galos, mas fáciles en la maniobra, adaptados sin duda al clima y la dureza del parco territorio y los jinetes expertos conocedores del terreno en que se mueven.

El grueso del ejército parto lo forman arqueros montados capaces de disparar sin dejar de galopar. Aunque la puntería es lo de menos, pues en vez de enfrentar dos líneas de combate tan largas como permite la amplia soledad del desierto, Craso ordena formar un cuadro de doce cohortes por lado en contra de la opinión de sus oficiales.

Los jinetes partos no necesitan ni hacer puntería, les basta con disparar contra la enorme masa romana. Los primeros en caer son los auxiliares, arqueros y honderos pues la mayor tensión de los arcos partos proporciona mas alcance.

Los jinetes galos no tienen ni la opción de llegar a las manos con los pesados escuadrones que les enfrentan, ni rompiendo las largas lanzas o arrojándose contra los jinetes consiguen otra cosa que morir con valor. La cabeza del esforzado Publio clavada en una pica es arrojada ante el atónito Craso, quien en la misma jornada pierde el hijo y la razón. A partir de entonces será una lucha de sus oficiales por salvar lo que se pueda del ejército. Con el atardecer cesa la lucha,



los partos se retiran, no acostumbran a pelear de noche por temor a herir sus preciados caballos, y los romanos huyen amparados en la oscuridad abandonando a los heridos y a los dispersos.

Por la mañana, por fortuna para los huidos, los partos se entretienen en masacarar a los desdichados que han quedado atrás. Apenas dos legiones se pudieron recuperar del desastre.

Desde que cruzaron el Eúfrates, los soldados sabían que su expedición estaba maldita, saquear templos, santuarios y adoratorios, tan solo conduciría a la enemistad con todos los dioses de la región, ¡ves y solicita ahora su favor!

Días mas tarde Craso y su estado mayor son asesinados durante una conferencia de paz. Una nueva traición.

Era la primera vez que las águilas romanas caían en manos bárbaras y el imperio Parto se erigía en un severo competidor e imposible barrera en Oriente para Roma.

No obstante ahora entre los soldados de a pie, el pensamiento está en lo sucedido unos meses después de Carrhae: el invierno pasado una legión y media fue aniquilada por los belgas eburones en las inmediaciones de Aduatuca.

— Sin mujeres esto no será lo mismo...

— Pero Gordio si tú sueles dormir solo —responde Tulio.

— Exacto, «suelo», pero hay ocasiones en que se agradece el calor femenino y el invierno que se nos echa encima va a requerir de cuanta presencia...

— Tranquilo gordo, no tardarán en llegar los reclutas y si no seguro que a Licio no le importa que su hijo te caliente la cama...

— Alejandro muérdete la lengua —corta hosco Licio para añadir dirigiéndose a Tulio:

—...Y tú, ¿qué haces con ese cepo en vez de preparar el equipaje?, luego todo serán prisas y corrillos...

— Licio tiene razón...

— Como siempre.

—¿Qué has dicho Gabino?

— Nada, «centurión».

— Pues eso... En cualquier momento nos van a ordenar ponernos en camino, mas vale que tengáis las cosas recogidas y en orden.



En vano intento de evitar el mordisco de la congoja que últimamente le atenaza el alma, César abre la carta que acaba de llegar. Observa de reojo los esfuerzos del emisario por no jadedar de forma demasiado ostensible y llama a uno de sus ayudas:

— Da de comer y beber a este hombre y que aguarde la respuesta, si no la hubiera ya te lo haré saber.

*Roma 701 a.u.c. (53 a.d.C.)*

*A mi muy querido amigo y colega Cayo Julio César:*

*Es mi deseo te halles bien de salud.*

*Motiva la presente la determinación del Senado de desterrar al que fue tribuno del pueblo Aulo Gabinio. Mucho te agradecería te sirvieras mover todas tus influencias en Roma a fin de evitarlo...*

—¡Es uno de los tuyos, fue él quien propuso y defendió en el Senado que se te confiara la pacificación de Oriente, ¿y no eres capaz de interceder por él?, maldito zangano...!

*Fue acusado de concusión, y aunque he movido cielo y tierra para salvarle la vida, en el proceso no hemos conseguido demostrar su inocencia... Al menos lo suficiente como para que su honor no deba sufrir las iras de los senadores.*

*El Senado, al menos una facción, la que tú ya conoces, se opone a cuantas medidas tomemos, sin considerar el bien o el mal que le causan a Roma. La oposición republicana al Triunvirato, domina los tribunales y aunque en Luca pactamos las listas de magistrados para las elecciones, de nada ha servido el río de oro que has hecho llegar ni las licencias temporales a nuestros soldados para participar en las votaciones. El bien último de la patria es la guía de nuestra actuación y así debería ser reconocido...*

— Estúpido pomposo, no eres capaz de salvar a uno de los tuyos...



*Reponer en el trono de Egipto a Tolomeo Auletes, se demostrará como un acierto, en cuanto el trigo egipcio sacie el hambre del populacho romano...*

— Si, claro en cuanto llegue el trigo.

*El Senado se oponía a esa restitución tan solo por ser una decisión de uno de los «tres dinastas» como nos denominan con desprecio. Es mi opinión que Tolomeo nos servirá con lealtad. Y dudo que las profecías de la Sibila acerca del fracaso de las armas romanas en tierras egipcias tengan algún viso de verosimilitud hoy en día.*

*También se discute en el Senado tu pretensión de reclutar dos nuevas legiones con cargo a la Caja del Estado. El Tesoro se halla muy mermado, pero sepas que cuentas con mi apoyo...*

— Si quisieras brindarme tu apoyo abandonarías Roma de una vez por todas para ocupar tu cargo en Hispania, ¿acaso tu excelsa pigricia te impide hacerte cargo de tu destino? Hispania, ¿eso es un destino bendecido por los dioses!, excelente clima, buena gente y se come de maravilla...

*Comprendo que la rebelión en las Galias, puede afectar no solo a la seguridad de la patria, sino a su propia supervivencia. Desconocemos, aquí en Roma, el alcance de la misma, pero ese Vercingetórix por ser de la raza de los arvernos, un pueblo tan rico, influyente e importante en la Galia, si no el que más, nos preocupa que arrastre en su rebeldía a los eduos, o a los remos, nuestros aliados.*

*No obstante esa petición tuya está dando lugar a no pocos excesos entre los senadores de la oposición. El otro día, sin ir mas lejos, al votarse la dicha petición, Marco Favonio, fiel escudero de Catón, se lanzó a la puerta de la curia para gritar a los transeúntes que la patria estaba en peligro.*

César no consigue concluir la lectura de la carta de su socio de gobierno, Pompeyo le deprime, le agobia... Por fortuna el recuerdo de Gabinio viene asociado al de Lolía, su esposa, ¡qué pedazo de hembra!